

terrible. Me dicen que es de los que predicán en clubs y fortines contra nuestra religión y contra la Iglesia, pues se ha propuesto destruir una y otra. Menudo trabajo le mando si se propone salirse con la suya.

Ayer salía del locutorio del convento y ví enfrente una compañía de constitucionalistas más desarrapados que jugador pobre. Iban, según dijeron, á sacar una suma fuerte, doscientos ó trescientos mil pesos que tuvieron soplo estaban allí guardados. Al frente de los soldados iba tu ahijado y protegido, Juanito la Llana. El malvado está hecho un hombre; alto, grueso, embarnecido y con cara de santo. ¡Pero ve á fiarte de esos santitos!

Estoy seguro de que piensas lo mismo que yo: ¿no daría el tal soplo él mismo, interesado en entrar al convento, cueste lo que cueste? Quizás sea así, y por eso me apresuraré á poner por obra lo del viaje.

No sé qué haremos con tantas aflicciones, todas á cual más tremendas. Quizás esté para realizarse aquello que había hablado el Venerable Avila: «Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas, río abajo y río arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza y los prenda del todo el anzuelo.» Deben de ser, pues, nuestra voluntad y nuestro parecer, «recios de tomar y rebeldes á morir, y han menester que á poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan sino en la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor.»

Ya, pues, que no entendimos las palabras con que su Divina Majestad nos amonestaba, tenemos que sufrir sus azotes. ¡Que sea bendito su Santo nombre!

Aguardo el avío para el sábado ó domingo; al día siguiente nos pondremos en camino. Te abraza tu esposo,  
CRESCENCIO.

Postdata. Encomienda á Dios al padre Moralitos; ayer murió á consecuencia de los golpes que le dieron los chinacos de Rojas. Los últimos días los pasó delirando y lleno de imaginaciones alegres. Dicen que te llamaba en su agonía, convidándote á oír una misa por su intención. Es bueno se la mandes decir y oigas cuantas puedas por su alma, que, piadosamente juzgando, estará en el cielo.

Del licenciado don Sabino Flores

á don Guillermo Prieto

*México, hoy viernes.*

¿Quién dijo, mi querido Guillermo, que la vida era romántica? No sé si el autor de tan profunda sentencia fué Lamartine, si lo fuiste tú, ó si á mí se me acaba de ocurrir en este mismo instante. Sea quien fuere el que tan bien habló, no por eso tuvo menos razón, y al ver las andanzas y mudanzas que están pasando en esta *ciudad proterva en que se adora á la Bestia*, como ustedes dicen, no



puedo menos de convenir en que la vida es lo más romántico que se pueda hallar, pues la muy arrastrada, aparte de otros defectillos, tiene el de no conocer la lógica ni aun para servirla.

Porque figúrate que á Manuel Peredo, á don Joaquín Pesado ó á Alejandro Arango le hagan leer una tragedia en que entren y salgan gentes, y un sujeto deje de ser rey, ó senescal ó archipámpano, sin saber por qué deja de serlo; y otra suba al solio sin saber por qué sube, y diez más sucedan á aquellos en horas veinticuatro sin que se den cuenta de cómo entran, ni cómo salen, ni quién les lleva ni quién les trae, ¿qué piensas que dirían nuestros críticos? Parece que les oigo. «Disparate, necesidad, escándalo, profanación;» é invocando á las tres unidades y á las cuatro poéticas, y á Aristóteles y á Bateux, declararían que el pecador que había escrito la atrocidad en discusión sabía de arte menos que el famoso don Eleuterio Crispín de Andorra, autor de «El gran cerco de Viena.»

Pues figúrate que la historia de México no está ideada en estos días por algún Moratín que arregle las cosas conforme á razón, sino por un don Eleuterio ó por cualquier romántico desafortunado que las trueca, desarregla y vuelve como le conviene, y tendrás idea de lo que pasa en esta ciudad de los palacios.

Pero no te quiero dar los elementos para la digestión,

antes de que te comas el pastel: *marchemos y yo el primero por la senda constitucional*, como dijo el otro.

Has de saber, oh Guillermo (y esto te lo digo antes que lo olvide, pues pronto tengo de empuñar la trompa épica, y entonces no me podré ocupar de minucias), has de saber que cuanto te han referido es la pura verdad.

En efecto, te llaman «loco que grita en medio del gentío», «ministro sin hacienda», «cantor de la Migajita... del presupuesto» y otras muchas cosas. Además, dicen que no tienes en tus cajas un solo real; que la otra mañana dejaste espantados á Juárez y á todos tus compañeros de Ministerio enseñándoles una peseta que habías recaudado; que pides fiados diariamente los frijoles que come el gabinete constitucionalista, y otras cosas así de falsas y exageradas.

Pero riéte, oh filósofo, de tales mentiras; para las grandes coyunturas se hicieron los grandes caracteres, y tú debes despreciar eso que te ofende, por tonto y exagerado.

Pero, volvamos á nuestros carneros; es decir, volvamos á que te explique este capítulo de nuestra historia, que cuando se escriba se llamará de seguro «De Ayutla á Ayotla». Echeagaray, deseando acabar con la anarquía y reunir en un abrazo á liberales y conservadores, proclamó un plan en Ayotla; la guarnición de México, «con la celeridad con que se transmite el golpe eléctrico», según dijo



el *Diario de Avisos*, suscribió la iniciativa y nombró presidente provisional á *Lobles Peruela*; Zuloaga, haciendo mutis, se retiró por el foro *arrastrando el alfange por la arena*; al conocer el plan, Miramón lo consideró detestable y se negó á sancionarlo; pidió que le reconocieran como jefe del ejército, y nombró en su lugar á Salas para que lo representara; llegó el héroe invictísimo y colocó en su lugar á Zuloaga, que se sintió satisfecho creyendo que volvía á coger la breva que se le escapaba. Pero no le duró el gusto mucho tiempo: pasados apenas unos cuantos días, Miramón tomó el mando, se declaró Presidente de la República, y allí me le tienes arreglándolo todo para ir hasta Veracruz y acabar con el «nido que la infame demagogia ha fabricado en aquellos calientes arenales.»

Todo esto se dice en unas cuantas líneas; pero lo que no se dirá en tomos enteros es la enorme cantidad de conferencias, arreglos, disputas, cuestiones, trampas, gambitos, chicanas, enredos y dificultades que ha costado. Pura pastelería, hijo, purísima pastelería.

Hemos tenido, en dos meses, tres pronunciamientos: á Zuloaga, como presidente; á Robles Pezuela, como presidente; á Salas, como presidente, otra vez á Zuloaga y luego á Miramón. Hay en donde escoger y con que darse gusto.

En cuanto á los personajes, son de lo más vario que te puedas figurar.

Zuloaga, hombre sin honor, sin probidad, sin palabra, sin humanidad; un hipócrita perfecto, sin fe, sin Dios, sin ley y sin alma; soldado cruel, mandatario débil y hombre de valor problemático.

Robles Pezuela, joven de buen entendimiento y de



D. MANUEL ROBLES PEZUELA

buena instrucción; pero seguro de valer más que todos los estratégicos del universo.

Miramón, talento clarísimo, con golpes y destellos de genio, ambicioso, emprendedor, tenaz, duro de corazón y con esa vista certera que constituye los grandes caracteres y los grandes capitanes.

Y al rededor de éstos se mueve y gravita una turba tal



de adictos, amigos, conocidos, parásitos, favoritos y aduladores, que habría para llenar con ellos los puestos de media docena de repúblicas como la nuestra.

¿Qué dices de esto, *Fidel loco*, *Fidel extravagante*, *Fidel desgraciado*? Ríete, hombre, ríete, que si no te ríes llorarás por todo lo que te queda de vida. Ahora sí que viene bien aquello de *no tenemos remedio*. ¡Qué remedio vamos á tener, cuando nos aplicamos tantos y tan sin seso!

Y mientras aquí los políticos se disputan el mendrugo, queriendo ser cada cual el primero que lo atrape, por allí corren los campos los pobres soldados desangrándose, regando sus miembros por el camino y acabando con lo único sano que queda de la sociedad actual.

De los amigos no tengo que decirte, porque casi á nadie veo. Pancho Zarco ha tomado muy á pechos su papel de representante de Juárez, y recorre escritorios de agiotistas y tiendas de mercachifles, solicitando dinero para que ustedes vayan tirando. Pero lo gracioso está en que Pancho, que es un Quijote, quiere siempre sacar los capitales con premios insignificantes, que los prestamistas se resisten, y que nuestro amigo ha cargado el juicio de un modo que da compasión verle. Por allí anda con los bigotes caídos, la nariz más crecida que nunca y con aspecto de tristeza y abatimiento, que sólo deja cuando tiene que realizar una operación ventajosa para esa insaciable *familia enferma*, que pide y pide sin cesar para consumir y luego volver á pedir.

De novedades literarias, ningunas hay; la muerte de Osollos dió motivo para una serie de esperpentos poéticos; los triunfos de Miramón ocasionaron una enorme cantidad de acrósticos, letrillas, sonetos, baladas y otras muchas cosas: total, nada que valga dos cominos. Apenas si la elegía de Roa Bárcena á la muerte de Osollos, tiene algún ambiente poético, que no podía faltar en obra de ese discreto amigo nuestro; lo demás es peor que el chocolate de los jesuitas.

A la fecha, debes de saberlo, no hay más periódicos que el *Diario de Avisos*, *El Orden*, *La Sociedad* y algún otro conservador que se consagra día y noche á poner por las nubes al régimen vigente. *El Siglo* quedó suprimido desde Julio del año pasado. Reclamó Cumplico diciendo que no se ocupaba de política; pero fué igual: no le consintieron ni aun que copiara al *Diario Oficial*.

Por poco que sepas, no ignorarás que los Seguras han contraído la rabia. Son, sin género de duda, los folicularios más virulentos que ha habido en México.

De teatros, casi nada. La Cortesi, como empresaria de la ópera, ha trabajado con fe; pero ya te figurarás qué poco ha de conseguir en estas revueltas circunstancias. Se ha visto obligada á juntar la ópera con la zarzuela y el drama, y á dar la misma noche actos de la *Flauta encantada*, del *Tío Caniyitas*, de *La Cola del Diablo* y de *La Medea*. Que es cabalmente lo que estamos haciendo en México



hace mucho tiempo, lo mismo en literatura, que en política, que en industria. Y así nos va.

Pero no quiero quitarle á la nación ni uno más de los preciosos momentos que tú le dedicas, y de que después me exigiría cuenta con pago. Te manda un estrecho abrazo,

SABINO FLORES.

De Buenaventura Ortiz á Crescencio Torres Lares.

*Guadalajara, 11 de Enero de 1859.*

Mal empieza, Chenko querido, este año nuevo en que nos las prometíamos tan felices. Eran prueba del favor que el cielo dispensa á nuestra causa la captura de esta plaza importantísima después de varias escaramuzas en que salimos victoriosos, y el triunfo de San Joaquín, en que encontramos á las gentes de Degollado durmiendo á pierna suelta y tan descuidadas, que en la confusión se hirieron unas á otras, proporcionando al señor Miramón una de las más fáciles victorias que haya alcanzado.

Pero los sucesos de ayer me han convencido de que ó la maldad humana no tiene límite ni medida, ó de que Dios está airado contra este pueblo y ha dispuesto borrarle del número de los que llenan la tierra.

Para hoy estaba anunciada la salida del señor Mi-

ramón; los aprestos para el viaje se hacían á toda prisa, pues el General deseaba estar en México lo más pronto posible, á fin de poner término al embolismo que han anudado los políticos de allá. Serían las diez cuando bajó del coche acompañado del general Márquez, recibiendo á uno y otro aclamaciones de la tropa y de la multitud que llenaba los patios y corredores.

Yo trataba de ver al señor Miramón para solicitar de él el favor de ir en su ejército á la campaña de oriente; las antecámaras estaban llenas de pretendientes paisanos y militares, de señoras, hijas, viudas ó esposas de los soldados y de empleados del gobierno del departamento y del cuartel general del héroe.

Yo no conocía á nadie; pero las caras que allí ví no las podría olvidar nunca, aunque cien años viviera. Dos viejecillos con aspecto de covachuelistas, enjutos, pálidos, de anteojos ahumados y tan parecidos entre sí, que cualquiera los habría creído, si no la misma persona, por lo menos hermano el uno del otro, andaban de aquí para allá haciendo saber el objeto que los llevaba á aquellas antecámaras.

— Al fin le veo por aquí, amigo Pliego; hasta que quiso Dios que dejara usted á esa chinaca infecta que tanto mal le hacía.

— Sí, amigo Vecilla, contestó el llamado Pliego; al fin me he metido á buen vivir, y aquí me tiene resuelto á



buscar colocación cerca del nuevo Gobierno. Hay que convencerse de ello; no somos nosotros para aquellos trotes en que andábamos, ni menos para contemporizar con ateos



y frámasones. Señor AVECILLA (y aquí tomó un tono solemne el orador), lo que se mama, lo que se aprende desde la infancia, las lecciones de una madre buena y piadosa, no lo pueden borrar las predicaciones de cuatro locos descastados. Año nuevo, vida nueva; si la necesidad de conquistar las malditas tortillas nos hizo aceptar una posición en que, Dios bien lo sabe, no estábamos conformes, hay

que hacer un esfuerzo y proponerse no ayudar más á la irreligión.

— Dice bien, señor Pliego, dice bien; yo vengo aquí con recomendación de señor don Dionisio Rodríguez, y estoy seguro de que el presidente (porque presidente es Miramón, quiéranlo ó no) me considerará y me hará justicia.

— Pero ¿qué demonio de ruido es ese, que no deja conversar tranquilamente?

— Clavan las cajas del *parque*, que ha de llevar el señor Presidente á la campaña.

— ¿Luego sale el señor Miramón? dijo una señora entrometida.

— Mañana ó pasado á más tardar, respondió AVECILLA, ufano de estar tan bien informado.

— A acabar con los *puros*.

— A destrozar á la canalla.

— A ganar nuevas acciones de armas.

— A acorrallar á Juárez y su ridículo ministerio.

— A res. . . . .

. . . . .

No concluyó Pliego la palabra: repentinamente nos cegó los ojos un resplandor cárdeno, fosforescente, mezcla de rojo naranjado, de azul pálido y negro infernal, que se introdujo por la puerta de la habitación, destrozándola é inundando ésta, primero, de luz extraña que contrastaba



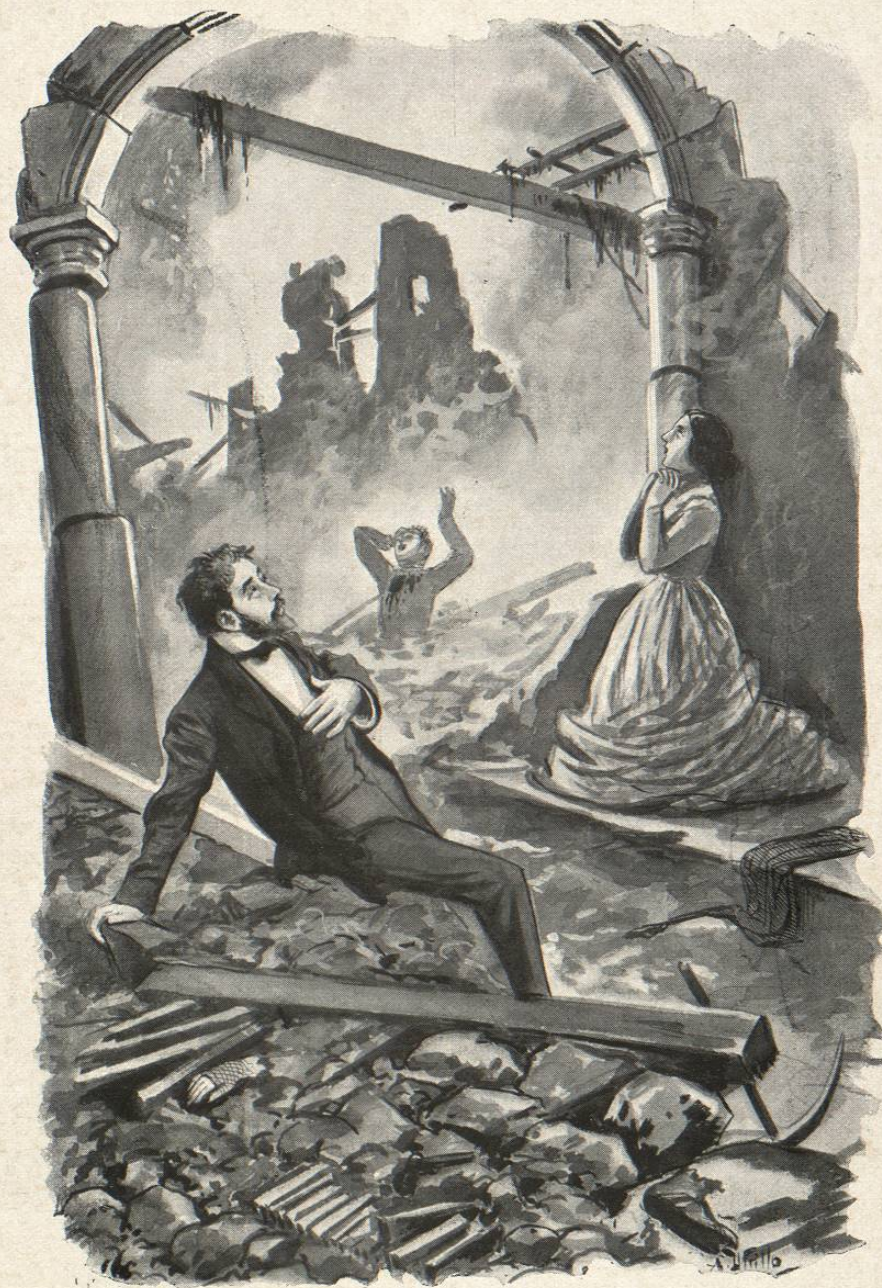
con la del sol, después de humo, de polvo y de obscuridad.

Al mismo tiempo sentimos caer ladrillos, crujir puertas, desmoronarse techos, y vimos una columna de humo negruzco, que subía, subía por el aire, dardeando el cielo azul, opacando la luz del sol y al fin se extendía por el espacio en volutas oscuras que revoloteaban sin cesar hasta perderse de vista, mientras la gran masa negra sostenía trozos de madera, miembros humanos y piedras y ladrillos.

¿Y el ruido? El ruido fué espantoso, porque si al principio pareció sofocado, como oculto en un espacio estrecho, después repercutió enormemente por todos los vientos, mezclado con un grito humano de pena, de sorpresa y de pavor.

Me registré á ver si estaba herido y nada encontré que me doliera; sólo sentía los ojos llenos de polvo, las manos raspadas y la cabeza pesada. Busqué á mi derredor y no encontré á ninguno de los que estaban á mi lado; apenas, hincada de rodillas en un fragmento de piso despedazado, ví á una de las señoras que habían estado hablando con los escribientes, ensartando *magníficas*, padre nuestros, salves y Ave Marías.

Como pude, cogiéndome de los maderos que habían formado el piso de la habitación, y que ardían en los lugares que habían quedado íntegros, apoyándome en la-



... ví á una de las señoras que habían estado hablando con los escribientes...